

## **Décimo domingo del T. Ordinario B/2018**

Todas las lecturas de este domingo hablan de la fraternidad en Cristo. Muestran que nos hacemos hermanos de Jesús cuando realizamos la voluntad de Dios en nuestra vida. Nos invitan a creer firmemente en Jesús y hacer la voluntad de su Padre a fin que seamos parte de su familia.

La primera lectura habla de la falta de los primeros padres y sus consecuencias. Muestra como cada uno de ellos trató de atribuir la falta de su culpa al otro. Muestra también el castigo que la serpiente recibió por haber entrenado a Adán y Eva en el pecado.

Lo que este texto nos enseña que es muy difícil de aceptar la responsabilidad de su culpa. Hay también la idea de que toda desobediencia a los mandamientos de Dios trae consecuencia en los que desobedecen. La última idea es la verdad de que es sólo cuando hacemos la voluntad de Dios que le pertenecemos.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús habla de la paternidad verdadera. En primer lugar, el Evangelio comienza con Jesús que estaba reunido con sus discípulos y la muchedumbre que lo rodea al punto que era imposible que coma. Pues, habla de sus críticos que afirmaron que fue poseído por Belcebú, el príncipe de demonios, mientras su familia pensó que ha perdido su mente.

Después, el Evangelio da la reacción de Jesús que refutó la crítica al declarar que si expulsa a demonios por el poder del príncipe de demonios, esto significaría que Satanás es dividido. Desde allí, el Evangelio habla del pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo para el cual no hay ningún perdón.

El Evangelio se termina con la Familia Jesús que busca para verle y su reacción que los que lo rodean y cumplen la voluntad de Dios son su familia.

¿Qué aprendemos del Evangelio de hoy? Hoy, quiero hablar de la fraternidad en Cristo. ¿Qué quiero decir con esto? Voy a explicarle. Pero, antes de hacerlo, quiero comenzar con una observación sobre la realidad de familia.

De hecho, cada uno de nosotros tiene una familia. La familia desempeña un papel grande en la vida de cada uno. En sí mismo, la familia es el lugar donde aprendemos los primeros pasos de la vida como la conversación, el hecho de caminar, hablar o socializar, etc.

Es también el lugar donde aprendemos los primeros rudimentos que hacen la vida, como la manera de conducirse en la sociedad, lo que es correcto o no correcto de hacer en la vida, lo que es moralmente bien y lo que no es bien, etc. Finalmente, la familia es el lugar de consuelo y estímulo, sobre todo cuando estamos cansados de nuestros trabajos y hay mal entendimiento con los demás en la sociedad.

La familia es tan importante que mucha gente, en particular los abuelos, entre nosotros inmigran emigren de un Estado al otro a fin de estar cerca de los nietos. Del mismo modo, los que crecen sin familia tienen problemas psicológicos serios, cuando he experimentado con los niños en el Centro de Corrección Juvenil.

Sin embargo, es asombroso realizar en el Evangelio de hoy que Jesús no se preocupa cuando le dicen que su madre y sus hermanos lo buscan. Parece desacreditarlos al decir que su madre, hermano y hermana, es el que cumple la voluntad de Dios.

¿Pero, por qué hace así? ¿Qué quiere enseñarnos? De hecho, Jesús no niega la realidad de familia. No desconoce a su madre y sus familiares. Lo que quiere decirnos es que el biológico no puede definir toda la realidad de la familia. Al lado de la familia biológica, hay también la familia espiritual que nos une debido a nuestra fe en Jesucristo. Por lo tanto, nuestra identidad verdadera alcanza su plenitud cuando se supera los límites del biológico a fin de encontrar la finalización en Dios.

Tal visión tiene algunas consecuencias que quiero compartir con ustedes. Primero, si un hermano, una hermana o una madre son quienes que cumplen la voluntad de Dios, esto significa que nuestra pertenencia a la familia de Dios depende de la manera en que nos esforzamos por hacer la voluntad de Dios en nuestra vida.

Segundo, lo que hace alguien un hermano o la hermana no es necesariamente el compartiendo en la misma sangre, origen o historia. Al contrario, es el compartiendo en una relación común que nos hace hijos e hijas de Dios. Por lo tanto, nuestros criterios humanos de distinguirse un del otro, como raza, lengua, nacionalidad, cultura, se hacen secundarios en cuanto a la realidad que nos define como hijos e hijas de Dios.

Además, aun es verdad que el vínculo familiar no puede destruir, sin embargo, es verdad que a veces la amistad en Cristo es más importante que el parentesco. En otras palabras, cuando hay un reconocimiento que estamos todos unidos juntos porque Dios, nuestro creador, es un Padre a todos nosotros, la apreciación que sigue está basada en un lazo que supera el origen de familia, la pertenencia al clan, y la unidad nacional.

Finalmente, al vivir y al practicar la fraternidad en Cristo, abrazamos la diversidad de nuestra humanidad. Reconocemos que todos nosotros, a pesar de nuestras diferencias, sean cultural, nacional, lingüística, intelectual, racial, somos una expresión del ser divino. Por esta razón específica, tenemos que aceptarnos unos los otros como Dios nos ha aceptado en su Hijo, Jesucristo. Por lo tanto, toda nuestra humanidad en su variedad, en vez de ser considerada como una amenaza de un grupo contra el otro, se hace una bienvenida alegre de la riqueza con la cual Dios nos ha dotado desde la creación del mundo.

Por eso, puedo decir con convicción que en un mundo dividió según la raza, cultura, lengua y color de la piel, la fraternidad que se deriva del compartiendo en el mismo parentesco que viene de Dios, es un testigo fuerte al mundo que es posible vivir juntos a pesar de nuestras diferencias. De hecho, el mundo necesita hoy más que nunca la gente que puede vivir una relación tan genuina el uno con el otro basada no en algunos intereses o beneficios humanos, pero en afecto desinteresado y consideración auténtica.

Recemos, entonces, que el Señor nos ayude a escuchar a su palabra con el corazón abierto. Que nos ayude a ponerla en práctica de modo que pertenezcamos a la familia de Dios. Pedimos la gracia de vivir en mundo y en la iglesia como hermanos y hermanas en Cristo. ¡Que Dios los bendiga a todos!

### **Génesis 3, 9-15; 2 Corintios 4, 13-5: 1; Marcos 3, 20-35**

Fecha de la Homilía: el 10 de Junio 2018

© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20180610homilia